

«fanos, para instruir á los pobres, para tener casas de educacion, recoger los penitentes y sacarlos del desórden? Los que aspiran al matrimonio no se consagran á estas funciones penosas.» «Así, continúa, estas buenas obras están muy descuidadas en las comuniones protestantes, *la caridad heroica no ha sobrevivido en ellas á la continencia*. Por mas que se asalarien personas de ambos sexos, el dinero no hará nunca lo que hace la Religion. ¡Y luego se nos dice friamente que la continencia no sirve para nada, que es una virtud de la que nada resulta!»

No nos detendremos á hacer ver lo mucho que aprovecha á la sociedad la virtud de la castidad considerada bajo el aspecto económico. Ya nos ocuparemos de esto en otro lugar (1) consultando los mas célebres economistas. Dirémos solamente, que si todas las naciones profesasen, cual deberían, esta virtud tan económica como moral y social, no adoptarían, como algunas han adoptado, para ocurrir al exceso de poblacion el horroroso medio de abandonar los niños á los cerdos. Á este propósito dice Mr. Chateaubriand (2): «Cuanto mas se profundiza esta cuestion (el exceso de poblacion), se conoce mejor que Jesucristo hizo un acto digno de un legislador universal, invitando á ejemplo suyo á ciertos hombres á hacer profesion de castidad.»

Influencia social. Los mismos paganos reconocian la influencia social de la castidad. El asombro que les inspiraba esta virtud les habia persuadido que de ella dependia la salvacion de la patria. Cuando Valentiniano abolió en Roma el colegio de las vestales, le representó el senador Símaco, acérrimo defensor del Paganismo, «que se destruiria la gloria del imperio si se daba ese paso, por no haber ya quien dedicase su castidad á la salud pública.» ¡Qué ignorante por otra parte! No sabia que al colegio de las vestales iban á suceder millares de colegios de verdaderas vírgenes, y que por cada vestal, cuyo pequeño número de seis apenas se podia completar en la inmensa Roma, se contarían después millares de vírgenes!

Vista la elevacion y la hermosura de la virtud de la castidad, y lo mucho que felicita y dignifica al hombre, y apro-

(1) En el *Principio de autoridad vindicado*.

(2) *Genio del Cristianismo*, en las notas del tomo 1.

vecha á la sociedad como un principio moral y un elemento económico, preguntamos á la Reforma y al Filosofismo, que tanto se precian de amigos y bienhechores del hombre y restauradores de la sociedad, ¿qué es lo que han hecho en obsequio de esta virtud, si la han fomentado, si la han ensalzado, si la han prescrito á sus prosélitos? Pues bien: el vicio opuesto de la lujuria fue, por confesion y por la conducta misma de los reformadores, el primer efecto y á la vez el fomento de la Reforma en Alemania, y su primera y principal causa en Inglaterra. Sí: «todo el aparato de la ciencia para combatir un dogma sacrosanto no será bastante á encubrir un origen tan impuro (1).» La Reforma ha pensado en sustancia ni mas ni menos que Metelo de Numidia en su arenga al pueblo romano; á saber, «que el hombre no puede pasarse sin la mujer, y que sin ella no puede ser feliz.»

En cuanto al Filosofismo, para él los castos son *locos y monstruos* (2), y para sus corifeos mas moderados y sensatos «las virtudes del pudor y de la castidad son de pura *conveniencia* y preocupaciones de la *educacion* (3).» Respecto de la continencia se ignora lo que es, ó cuando mas es una supuesta virtud de la que nada resulta (4). Si se cree á los sofistas, los deleites sensuales del amor deberían ser la recompensa de los hombres *virtuosos*, nótese. El llamado divino Platon no pudo hallar tampoco otro premio para la virtud. ¡Miserable filosofia que así abate los talentos! Afirman que solamente este impuro goce puede consolarnos de la *desgracia de existir* (5); y que es la felicidad de ambos sexos el *único bien* que el cielo proporciona ¡horrible blasfemia! á los males con que nos aflige (6). Convendria librar á las mujeres de un resto de pudor para impedir que adquirieran imperio sobre los hombres (7): claro es que no estarian á bien con el encumbramiento y consideracion social de la mujer los que solo ven en ella un instrumento de placer. El Filosofismo ha predicado la comunidad de mujeres, diciendo que el

(1) Balmes: *El Protestantismo comparado*, etc., cap. 38.

(2) *Pensamientos filosóficos*.

(3) *Las costumbres*.

(4) *Cartas persianas*.

(5) *Del espíritu*.

(6) *Ibid.*

(7) *Del hombre*.

matrimonio es un abuso; las ha invitado públicamente á la prostitucion (1): justifica la satisfaccion de todas las pasiones: reprueba el que se repriman las de los jóvenes, á quienes debe hablarse de amor, de mujeres, de deleites (2): apellida placeres inocentes de la naturaleza los actos libidinosos mas obscenos é infamantes (*): ha dicho, ¡repugnante blasfemia! que Cristo maldijo la virginidad en la maldicion de la higuera (3): ha enseñado que la conducta de las mujeres licenciosas es útil al público (**): ha deseado que para la *perfeccion de las costumbres*, nótese tambien, estuviese establecida por todas partes una secta del Japon entregada á la

(1) *Los terroristas en la tribuna.*

(2) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

(*) Oigamos sobre esto al Adicionador de la obra *Las Criaturas*, de Raimundo Sabunde, pág. 265:

«Para conocer el más grande desórden que ha causado (la lujuria) basta leer las historias que á veces con grandes reservas y palabras enigmáticas indican los efectos de esta infame y desenfrenada concupiscentia. No hablo de los efectos indirectos, esto es, de los odios intestinos, traiciones horribles y guerras que han desolado naciones enteras: solamente digo que si se quitasen las sobredichas reservas, y con toda libertad se compilase un volúmen de las impurezas infecundas, abominables, asquerosas é infames de todos los tiempos y pueblos, y «casi diré de cada individuo, bastaria no solo para envilecer, sino para colmar de infamia y de oprobio todo el género humano. Torpezas ocultas que no tienen nombre; porquerías tales que los mismos cómplices se avergüenzan de hablar de ellas, y á veces solo de pensarlas; suciedades infames y ciegas que no perdonan edad, sexo, ni á los mismos brutos, que en tal materia no obstante el ser irracionales pueden servir de modelo de templanza y de órden al hombre furioso. Pasion general que extiende sus furores y fealdades, desde la corte entre los mas grandes de los reyes, hasta las chozas de los mas miserables entre los hombres; pasion insaciable que no atiende á peligros, enfermedades, dolores, ni á la muerte misma, y que con frecuencia llega á tal extremo que en estos furores libidinosos hasta los fétidos miembros de una prostituta y ciertos esqueletos ambulantes de hombres víctimas de sus lascivias no dejan de arrastrarse por este fango en el seno de la muerte misma, exhalando su alma corrompida que causa horror á los presentes, pero no enmienda: en fin, una pasion tanto en desórden, que el re-frenarla cuesta al hombre largas é increíbles violencias, y el satisfacerla conduce insensiblemente á los sobredichos excesos. Ved aquí «cuáles son los placeres de la naturaleza llamados *inocentes*. Con todo, «de estos se habla con gusto y en modos alegóricos en las reuniones y «conversaciones: de estos se trata ó se insinúan en las obras de los literatos: sobre estos se canta en los teatros; y estos son disfrazados y «hermoseados con el nombre de amores, y por ellos los hombres se «vuelven locos y furiosos.»

(3) *Las costumbres.*

(**) ¡Desgraciado Estado! Desgraciado centro de poblacion donde estas mujeres son y se toleran como... *útiles*. El órden moral está allí herido de muerte.

impudicia por motivos de religion (1): en fin, ha erigido, como el cinismo pagano, la impudicia en virtud, y ha dicho que seria muy prudente y acertado erigirla en culto (2). Á estos esclavos degradados del sensualismo, verdaderos paganos resucitados, puede decirseles (y aun así se les honra), lo que san Gregorio Nazianceno decia á los gentiles de su tiempo: «Para vosotros ya es mucho proscribir el incesto y el adulterio.» Cuantas escuelas filosóficas han salido á la arena contra el Cristianismo, se han deshonrado profesando una moral detestable; y nuestros sofistas no podian eludir la misma suerte una vez resueltos á declarar la guerra á una Religion que predica la filosofia y la moral bellas por excelencia.

Si á aquellos sofistas mas moderados que no se hallan tan mal con el bien de la sociedad y de su patria que no quieran para ellas una religion, se les comisionara para formarla, la que saliera de sus manos es muy probable que no fuera digna del hombre ni de Dios, ni propia para honrar sus perfecciones infinitas; porque es muy posible que no tomaran en cuenta ni la humildad, ni la continencia, ni la castidad, ni otras virtudes que producen el heroismo, y caracterizan á los corazones generosos y á las almas grandes. El fin á que tienden con sus doctrinas es á autorizar al hombre para que viva á sus anchuras sin el menor temor, abandonado al ímpetu de sus pasiones, tranquilizarle en los delitos y en la impiedad, inutilizar las lecciones diarias del decoro y del buen sentido, separarle de las rectas sugerencias de la honradez y de la probidad, y sofocar los gritos de protesta de la opinion pública y de la Religion. Pero ¿lograrán tambien calmar los remordimientos de la conciencia...?

§ III.— *Obediencia.*

Hemos probado que no hay cosa que mas dignifique al hombre que la humildad, como que es precisamente la virtud opuesta al vicio que fue causa de su degradacion; y como la humildad es el fundamento de la obediencia; como cada vez que obedece el hombre ejerce un acto de humil-

(1) *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*: citas todas de Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1.

(2) *Ibid.*

dad, ved ahí cómo el hombre se eleva y dignifica á medida que es obediente, porque la humildad y la obediencia están en razon directa, marchan unidas, se identifican, lo mismo que se unen inseparablemente la bajeza y el orgullo.

Ya que los motivos de religion, y aun las justísimas exigencias de la buena sociedad sean impotentes para domeñar la orgullosa cerviz de esos perturbadores públicos, de esos sofistas que so pretexto de preocupaciones y vetustas creencias quieren destruir todos los principios y con ellos la sociedad; de esos fanáticos tan despreocupados en pretension, como prevenidos en realidad, hijos naturales de Voltaire, Rousseau y Proudhon, legítimos descendientes de Lutero; ya que la Religion, repetimos, y la imprescindible necesidad de la vida social sean impotentes para hacerles lisonjera, justa, apetecible y amable la obediencia, muévales siquiera la consideracion de su dignidad de hombres, porque un hombre desobediente y díscolo á la autoridad legítima abdica la dignidad de tal; y por profundo que sea el abismo de degradacion en que la imaginacion se figure pueda el hombre hundirse, jamás sin embargo harémos á la humanidad la injuria de creer que pueda existir ni uno siquiera tan olvidado de su dignidad que se quiera confundir entre la turba de los animales, y hallarse contento en el estado habitual y en la condicion del bruto.

Por dos vias distintas se degrada el orgulloso, el díscolo, el desobediente: una, porque siendo la obediencia hija de la razon, y la rebelion hija de las pasiones; y siendo la razon el distintivo del hombre, y las pasiones su punto de union y contacto con el bruto, resulta que rechazando la obediencia abdica su razon, y abdicando su razon se identifica con el irracional: resulta que ejerciendo la rebelion se va tras las pasiones, y yéndose tras las pasiones se marcha con aquel. Y otra: porque viniendo de la desobediencia enlazada la rebelion, de la rebelion la destruccion y la ruina del poder, de la destruccion del poder la destruccion de la autoridad, de la destruccion de la autoridad la perturbacion del órden social, de la perturbacion del órden social la anarquía, el cáos y la selvaticuez, y sabiéndolo ellos, así á menos que sean tan ignorantes que desconozcan la índole del corazon del hombre, y la marcha natural de los acontecimientos humanos, por una necesaria correlacion

de principios y de consecuencias, el orgulloso, el díscolo y el desobediente quieren convertir la sociedad humana en una inmensa horda. Es, pues, muy denigrante para el hombre la rebelion contra las autoridades legítimas; y por la razon contraria nada mas digno y elevado que la obediencia

Veamos si la obediencia hace dichoso al hombre, como le dignifica y enaltece.

En primer lugar, la obediencia lo mismo que la humildad liberta al hombre de la esclavitud, colocándole fuera del alcance de las tiranías del mundo. Para esto no necesita el hombre mas que hacer marchar delante de sus actos á la voluntad. Patentémoslo con un ejemplo. Impónese al obediente una ley: esta ley es justa y legítima, ó injusta y tiránica. Si es justa y legítima, obedeciéndola se librará de la esclavitud de las pasiones que le persuaden é impelen á la desobediencia: si es injusta ó tiránica, aunque no está obligado á obedecerla, sin embargo, si la obedece (se supone que no sea pecaminosa), evadirá los furores de la tiranía de aquel que se la impone; y obedeciéndola espontáneamente y porque quiere, tambien elude aquella otra esclavitud moral, peor que la primera, que consiste en el cumplimiento de la ley forzado por la pena. De modo que haciendo marchar á la voluntad á vanguardia de la obediencia, ó prestando una obediencia voluntaria, en todo caso resulta que el hombre, sea la ley justa ó injusta, obedece porque quiere obedecer, y no porque se le fuerza á obedecer, y de este modo aleja de sí la esclavitud física y la esclavitud moral. Por manera que una voluntad firme de humildad y de obediencia hace desaparecer la tiranía y el despotismo, previene y elude sus furores, esteriliza sus efectos, y vuelve vanos é ilusorios en su significacion los crímenes del mando, los cuales no por eso dejan de ser punibles. Por manera que, asiéndose fuertemente el hombre á esta obediencia voluntaria, es perfectamente libre aun en medio de la tiranía. Así pues, contra lo que los revoltosos y díscolos pretenden, la obediencia lleva al hombre á la libertad, y la rebelion á la esclavitud. Y esta libertad universal que el hombre se adquiere por su obediencia, esta evasion de castigos y furores tiránicos, este cumplimiento de la ley hecho libre y espontáneo por la obediencia propia, y no forzado por la violencia ajena, con

cuyo cumplimiento voluntario evita los arrebatos de coraje y de ira que en silencio sofoca el corazón del obediente forzado, todo esto, repetimos, contribuye en gran manera á hacer feliz al hombre. En todo caso el poder tiránico que hemos supuesto no sería menos delincuente y criminal (*).

En segundo lugar, mereciendo bien el hombre obediente por su virtud de los demás hombres y de la sociedad, se capta la estimación pública y el aprecio de todos. Él es por su decidida obediencia, á los ojos de sus superiores, un hijo mas bien que un súbdito, y como siendo obediente es humilde también, y siendo humilde es afable, benigno y complaciente; si pasa de la obediencia activa á la obediencia pasiva, es para sus subordinados un padre cariñoso y un amigo mas bien que un jefe y un superior. Y este aprecio, este cariño y esta estimación universal que ve y sabe que inspira como súbdito lo mismo que como superior, como obediente lo mismo que como obedecido, hace también su contento y su alegría.

Por último, el que obedece cree, porque la fe y la obediencia se identifican hasta cierto punto; así la fe es la obediencia del pensamiento: por consiguiente, el que obedece reporta todas las ventajas que hemos visto en su lugar reporta el creyente, el cual descansando en la palabra y en la autoridad de otro, elude aquellas crueles angustias de la duda, aquellos tormentos y dolorosas contradicciones de la boca que niega, del pensamiento que duda, de la conciencia que afirma, y del corazón que teme, sumergiéndose por el contrario á su espíritu en una apacible calma y tranquilidad que acaban de completar su dicha.

No hay necesidad de detenernos á examinar cómo mandan y prescriben la preciosa virtud de la obediencia la Re-

(*) Creemos conveniente advertir que por lo que aquí decimos no pretendemos de ninguna manera justificar las autoridades, las leyes ni los poderes usurpados, ilegítimos, despóticos ó tiranos, ni mucho menos pretendemos que se les debe de justicia ni obligación de conciencia, obediencia y sumisión. Nuestro intento es únicamente, como se ve, colocar al hombre en todas las suposiciones posibles para hacer ver (si el hombre sacrificando sus derechos quiere ser obediente en todas estas suposiciones) el grande poder de la virtud de la obediencia. Por lo demás los enciclopedistas, que tanto blasonaban de emancipadores de la sociedad, y vindicadores de los imprescriptibles derechos del hombre, dijeron alguna vez, aunque con fin siniestro, no ser lícito en ningún caso levantarse contra el soberano legítimo (artículo *Autoridad política*), doctrina á que no suscribimos si no se da alguna explicación.

forma y el Filosofismo, aunque á la verdad no han dejado de exigirla para sus caprichos tiránicos hasta con la fuerza armada. Ellas son la desobediencia misma. ¿Quién ignora aquellos hermosos versos de *I cuculla*, etc., que compuso la Reforma? ¿Quién ignora las energúmenas predicaciones de los reformadores contra la tiara y las coronas? ¿Quién ignora las teorías, los sistemas y las doctrinas subversivas y sediciosas de las sectas filosóficas? Shaftesbury confiesa que no puede el incrédulo respetar sinceramente á las leyes ni á los magistrados. Tampoco podrán respetarlos con mas sinceridad los apóstoles y los discípulos de ciertas teorías sociales (1). Y ¿qué dicha ni qué bienestar puede llevar á las sociedades este orden de cosas? Dígalos la previsora alarma en que las tienen las sentencias socialistas. La sociedad posee, como el individuo, su instinto de conservación, y aquella alarma es la manifestación de este instinto.

«Donde quiera que vayas, dice el libro de la *Imitación de Jesucristo* (2), no hallarás sosiego sino en la humilde sujeción al gobierno de un superior. La idea de cambiar de lugares ha engañado á muchos.» ¡Verdad profética! ¿Qué hubiera dicho el piadoso autor si hubiera venido después de Lutero y de los sofistas?

§ IV.—Pobreza.

Aunque no sea mas que por no dejar incompleto nuestro trabajo sobre las virtudes que son objeto de los consejos evangélicos, «cuya práctica ejercida por los cristianos amansó la ferocidad de los bárbaros y fue la principal causa de «su conversión (3),» emitiremos algunas palabras acerca de la pobreza.

Tal vez se le figurará al pobre que la felicidad es una consecuencia necesaria de la riqueza, y en su virtud, que la dicha es privilegio exclusivo del opulento. Seguramente que esta sería una verdad muy dura y muy triste para él, y si lo fuera, no sabemos con qué razón pudiera la sociedad

(1) *Característicos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, página 288.

(2) Lib. I, cap. 9.

(3) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Consejos evangélicos*.